

1 LA ENCRUCIJADA

Los siete estábamos en la encrucijada, observando el polvo en el camino del este. Incluso los irrefrenables Un Ojo y Goblin estaban impresionados por la finalidad del momento. El caballo de Otto relinchó. Cerró sus ollares con una mano y palmeó su cuello con la otra, apaciguándolo. Era un momento para la contemplación, el mojón emocional definitivo de una era.

Luego ya no hubo más polvo. Habían desaparecido. Los pájaros empezaron a cantar, tan inmóviles estábamos. Tomé un viejo bloc de notas de mi alforja, me instalé en el camino. Escribí con mano temblorosa: *Ha llegado el fin. La separación se ha efectuado. Silencioso, Linda y los hermanos Torque han tomado el camino a Lords. La Compañía Negra ya no existe.*

Sin embargo seguiré llevando los Anales, aunque sólo sea porque un hábito de veinticinco años resulta difícil de romper. Y, ¿quién sabe? Aquéllos a quienes estoy obligado a llevárselos puede que los encuentren interesantes. El corazón se ha parado pero el cadáver aún sigue dando tumbos. La Compañía está muerta pero no su nombre.

Y nosotros, oh dioses misericordiosos, seguimos siendo testigos del poder de los nombres.

Devolví el bloc a la alforja.

—Bien, eso es todo. —Sacudí el polvo de mis piernas, miré hacia nuestro propio camino al mañana. Una baja línea de verdeantes colinas formaba como una verja sobre la que se alzaban lanudos penachos—. Empieza la búsqueda. Tenemos tiempo de cubrir los primeros veinte kilómetros.

Eso dejaría tan sólo diez o doce mil más.

Examiné a mis compañeros.

Un Ojo era el más viejo, un siglo al menos, un hechicero, arrugado y negro como una polvorienta ciruela pasa. Llevaba un parche en un ojo y un maltratado sombrero de fieltro negro de ala blanda. El sombrero parecía haber sufrido todo tipo de infortunios concebibles, pero sobrevivía a todas las indignidades.

Lo mismo que Otto, un hombre de aspecto muy ordinario. Había sido herido un centenar de veces y había sobrevivido. Casi se consideraba favorecido por los dioses.

El compañero de Otto era Lamprea, otro hombre sin ningún color especial. Pero otro superviviente. Mi mirada sorprendió en él una lágrima.

Luego estaba Goblin. ¿Qué se puede decir de Goblin? El nombre lo dice todo, y sin embargo no dice nada. Era otro hechicero, pequeño, malhumorado, siempre peleándose con Un Ojo, sin cuya enemistad se marchitaría y moriría. Era el inventor de la sonrisa cara de sapo.

Los cinco habíamos permanecido juntos durante veintitantos años. Habíamos envejecido juntos. Quizá nos conocíamos demasiado bien los unos a los otros. Formábamos los miembros de un organismo agonizante. Los últimos de una estirpe poderosa, magnífica, legendaria. Me temo que nosotros, que tenemos más aspecto de bandidos que de los mejores soldados del mundo, denigramos la memoria de la Compañía Negra.

Dos más. Murgen, al que Un Ojo llama a veces Cachorro, tiene veintiocho años. Es el más joven. Se unió a la Compañía después de nuestra defección del imperio. Era un hombre tranquilo con muchos pesares, silencioso, sin nadie ni nada excepto la Compañía que pudiera llamar propio, pero un hombre extraño y solitario incluso aquí.

Como todos. Como todos.

Finalmente estaba la Dama, que era simplemente la Dama. La perdida Dama, la hermosa Dama, mi fantasía, mi terror, más silenciosa que Murgen, pero por una causa distinta: la desesperación. Hubo un tiempo en que lo tuvo todo. Renunció a ello. Ahora no tiene nada.

Nada que sepa que es de algún valor.

El polvo en el camino a Lords había desaparecido, disperso por una helada brisa. Algunos de mis seres más queridos habían partido de mi vida para siempre.

No tenía ningún sentido seguir allí.

—Cinchemos los caballos —dije, y di ejemplo. Comprobé los correajes de los animales de carga—. Montemos. Tú, Un Ojo, irás delante.

Finalmente hubo un asomo de espíritu cuando Goblin gruñó:

—¿Voy a tener que comer *su* polvo? —Si Un Ojo iba a la vanguardia, eso quería decir que Goblin debía ir en la retaguar-



dia. Como hechiceros no movían montañas, pero eran útiles. Uno delante y uno detrás me hacían sentir mucho más confortable.

—Es su turno, ¿no crees?

—Esas cosas no merecen un turno—dijo Goblin. Intentó forzar una risita pero sólo consiguió una sonrisa que era un fantasma de su habitual sonrisa cara de sapo.

La forma en que Un Ojo le respondió iluminando su rostro no fue gran cosa tampoco. Hizo avanzar a su caballo sin ningún comentario.

Murgen siguió a cincuenta metros de distancia, con su lanza de tres metros rigidamente alzada. En sus tiempos aquella lanza había enarbolado nuestro estandarte. Ahora arrastraba un metro de deshilachada tela negra. El simbolismo se detectaba a varios niveles.

Sabíamos quiénes éramos. Era mejor que otros no lo supieran. La Compañía tenía demasiados enemigos.

Lamprea y Otto seguían a Murgen, conduciendo los animales de carga. Luego íbamos la Dama y yo, también con animales de carga detrás. Goblin nos seguía a setenta metros. Siempre viajábamos así, porque estábamos en guerra con el mundo. O quizá fuera al revés.

Hubiera deseado escoltas y exploradores, pero había un límite a lo que siete personas podían hacer. Dos hechiceros era lo mejor después de eso.

Íbamos erizados de armas. Esperaba que pareciéramos una presa tan fácil como un puerco espín puede parecérselo a un zorro.

El camino al este se hundió fuera de la vista. Yo era el único que miraba hacia atrás con la esperanza de que Silencioso hubiera hallado un hueco en su corazón. Pero era una fantasía vana. Y yo lo sabía.

En términos emocionales nos habíamos separado de Silencioso y Linda hacía meses, en el campo de batalla empapado en sangre e impregnado de odio del Túmulo.

Allí se había salvado un mundo, y se habían perdido muchas otras cosas. Viviremos todas nuestras vidas pensando en el coste.

Diferentes corazones, diferentes caminos.

—Parece que va a llover, Matasanos —dijo la Dama.

Su observación me sobresaltó. No era que lo que decía no fuera cierto. Parecía a punto de llover. Pero era la primera observación que había hecho voluntariamente desde aquel aciago día en el norte.

Quizás estaba volviendo.

2

EL CAMINO AL SUR

—Cuanto más avanzamos, más parece como si fuera primavera —observó Un Ojo. Estaba de buen humor.

También capté el ocasional destello de malicia hirviendo lentamente en los ojos de Goblin. Antes de que transcurriera mucho tiempo aquellos dos iban a hallar alguna excusa para revivir sus antiguas rencillas. Volarían chispas mágicas. Al menos, el resto de nosotros estaríamos entretenidos.

Incluso el humor de la Dama mejoró, aunque hablaba muy poco más que antes.

—Se ha acabado el descanso —dije—. Otto, apaga el fuego. Goblin. Te toca delante. —Miré el camino que se abría ante nosotros. Otras dos semanas y estaríamos cerca de Hechizo. Todavía no había revelado lo que teníamos que hacer allí.

Observé a unos buitres trazando círculos. Algo muerto allá delante, cerca del camino.

No me gustan los presagios. Me hacen sentir incómodo. Aquellos pájaros me hicieron sentir incómodo.

Hice un gesto. Goblin asintió.

—Iré a ver —dijo—. Distancias un poco.

—De acuerdo.

Murgen le dio cincuenta metros extras. Otto y Lamprea le cedieron a Murgen espacio adicional. Pero Un Ojo siguió presionando detrás de la Dama y de mí, alzándose en sus estribos, intentando mantener su ojo fijo en Goblin.

—Tengo un mal presentimiento acerca de esto, Matasanos —dijo—. Un mal presentimiento.

Aunque Goblin no lanzó ninguna alarma, Un Ojo tenía razón. Aquellos malditos pájaros señalaban algo malo.

Un elegante carruaje yacía volcado al lado del camino. Dos componentes de su tiro de cuatro caballos estaban muertos en sus varas, probablemente a causa de las heridas. Los otros dos animales habían desaparecido.



Alrededor del carruaje yacían los cuerpos de seis guardias uniformados y del conductor, y el de un caballo de monta. Dentro del carruaje había un hombre, una mujer y dos niños pequeños. Todos asesinados.

—Lamprea —dije—, mira si puedes leer algo en los signos. Dama. ¿Conoces a esta gente? ¿Reconoces su blasón? —Señalé el elaborado escudo en la portezuela del carruaje.

—El Halcón de Rail. Procónsul del imperio. Pero él no es ninguno de ellos. Es más viejo, y gordo. Puede que sean familia.

—Se encaminaban al norte —nos dijo Lamprea—. Los bandidos les sorprendieron. —Alzó un jirón de sucia tela—. No se dejaron matar fácilmente. —Cuando no respondí, llamó mi atención hacia el jirón de tela.

—Grisés —murmuré. Los grises eran las tropas imperiales de los ejércitos del norte—. Un poco lejos de su territorio.

—Desertores —dijo la Dama—. La disolución ha empezado.

—Es probable. —Fruncí el ceño. Había esperado que la descomposición se retrasara hasta que hubiéramos logrado una cierta ventaja.

—Hace tres meses recorrer el imperio era algo seguro para una virgen que viajara sola —murmuró la Dama.

Exageraba. Pero no mucho. Antes de que la lucha en el Túmulo las consumiera, grandes potencias llamadas los Tomados vigilaban las provincias y hacían cumplir su ley rápida y ferozmente. De todos modos, en cualquier lugar o tiempo, siempre hay aquéllos lo bastante valientes o estúpidos como para poner a prueba los límites, y otros ansiosos por seguir su ejemplo. Ese proceso se estaba acelerando en un imperio privado de sus horrores consolidantes.

Esperaba que su desaparición no fuera todavía demasiado del dominio público. Mis planes dependían de la suposición de que aún estaban en activo.

—¿Debemos empezar a cavar? —preguntó Otto.

—Dentro de un minuto —dije—. ¿Cuánto tiempo hace que ocurrió, Lamprea?

—Un par de horas.

—¿Y nadie ha pasado por aquí?

—Oh, sí. Pero simplemente siguieron su camino.

—Debe de ser un buen puñado de bandidos —reflexionó Un Ojo—. Si pueden salirse con bien dejando así los cadáveres a sus espaldas.

—Quizá deseen ser vistos —murmuré—. Tal vez estén intentando labrarse su propia baronía.

—Es probable —dijo la Dama—. Cabalga con cuidado, Matusanos.

Alcé una ceja.

—No quiero perderte.

Otto cacareó una risita. Enrojecí. Pero era bueno ver algo de vida en ella.

Enterramos los cuerpos pero dejamos el carruaje. Cumplida nuestra obligación civilizada, reanudamos nuestro camino.

Dos horas más tarde Goblin vino cabalgando de vuelta. Murgen se detuvo en una curva, allá donde pudiera ser visto. Ahora estábamos en un bosque, pero el camino estaba en buenas condiciones, con los árboles talados a ambos lados. Era un camino bien conservado para tráfico militar.

—Hay una hospedería allá delante. No me gusta su aspecto.

Pronto sería ya de noche. Habíamos pasado la tarde enterrando a los muertos.

—¿Está viva? —El terreno a nuestro alrededor se había vuelto extraño tras el enterramiento. No habíamos encontrado a nadie en el camino. Las granjas en las inmediaciones del bosque estaban abandonadas.

—Hormiguea. Hay al menos veinte personas en la hospedería. Cinco más en los establos. Treinta caballos. Otras veinte personas fuera en el bosque. Cuarenta caballos más encerrados en un corral allí. Y mucho más ganado también.

Las implicaciones parecían bastante obvias. ¿Seguíamos adelante, o nos enfrentábamos directamente al problema?

El debate fue animado. Otto y Lamprea dijeron de ir directamente allí. Teníamos a Un Ojo y a Goblin si las cosas se ponían peliagudas.

A Un Ojo y a Goblin no les hacía ninguna gracia meterse de lleno en la boca del lobo.

Pedí una votación. Murgen y la Dama dijeron de seguir. Otto y Lamprea estaban a favor de detenerse. Un Ojo y Goblin se miraron el uno al otro, ambos esperando que fuera el otro el que hablara primero para decantarse hacia el otro lado.

—Sigamos adelante, pues —dije—. Estos payasos van a decantarse por lados opuestos, pero esto hace de todos modos que la mayoría sea... —Tras lo cual los hechiceros se unieron y votaron ambos ir a la hospedería sólo para dejarme por mentiroso.



Tres minutos más tarde vi por primera vez la destartalada hospedería. Había un tipo duro de pie junto a la puerta, estudiando atentamente a Goblin. Otro estaba sentado en una desvencijada silla reclinada contra la pared, masticando un tallo de hierba. El hombre en la puerta se retiró.

Lamprea había llamado grises a los bandidos cuya obra habíamos encontrado junto al camino. Pero el gris era el color de los uniformes en los territorios de donde veníamos. En forsberger, el idioma más común entre las fuerzas del norte, pregunté al hombre en la silla:

—¿Está abierto el lugar?

—Sí. —Los ojos del hombre sentado en la silla se entrecerraron. Estaba pensando.

—Un Ojo. Otto. Lamprea. Ocupaos de los animales. —En voz baja pregunté—: ¿Captas algo, Goblin?

—Alguien acaba de salir por la parte de atrás. Dentro están alertas. Pero no parece que vaya a haber problemas por el momento.

Al hombre que estaba sentado en la silla no le gustó que cuchicheáramos.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros?—preguntó. Observé un tatuaje en una de sus muñecas, otro indicio que lo traicionaba como un inmigrante del norte.

—Sólo esta noche.

—Estamos llenos, pero os encontraremos un hueco de algún modo. —Era un hombre tranquilo.

Esos desertores eran unas arañas en su telaraña. La hospedería era su base, el lugar donde marcaban a sus víctimas. Pero hacían el trabajo sucio en el camino.

Dentro de la hospedería reinaba el silencio. Examinamos a los hombres al entrar, y a unas cuantas mujeres de aspecto muy estropeado. La cosa no parecía correcta. En general las hospederías al lado del camino son establecimientos de índole familiar, infestados con chicos y viejos y todas las edades intermedias. Nada de eso era evidente allí. Sólo tipos duros y mujeres de dudosa reputación.

Había una gran mesa libre cerca de la puerta de la cocina. Me senté con la espalda contra la pared. La Dama se dejó caer a mi lado. Capté su irritación. No estaba acostumbrada a que la miraran de la forma en que la estaban mirando aquellos hombres.

Seguía siendo hermosa pese al polvo del camino y las ajadas ropas.

Apoyé la mano sobre una de las suyas, un gesto de restricción antes que de posesión.

Una chica regordeta de dieciocho años y ojos bovinos se acercó a preguntarnos cuántos éramos, qué queríamos comer y cuántas habitaciones necesitábamos, si había que calentar el agua del baño, cuánto tiempo pensábamos quedarnos, cuál era el color de nuestro dinero. Lo dijo con voz monótona pero clara y precisa, como más allá de toda esperanza, llena sólo de temor ante lo que podía costarle el hacerlo mal.

Intuí que pertenecía a la familia propietaria por derecho de la hospedería.

Le lancé una moneda de oro. Teníamos muchas, tras haber saqueado ciertos tesoros imperiales antes de abandonar el Túmulo. El destello de la girante moneda suscitó un repentino brillo en los ojos de los hombres que fingían no estar mirando.

Un Ojo y los demás arrastraron sillas y se sentaron. El hombre-cillo negro susurró:

—Hay mucha agitación fuera entre los árboles. Tienen planes para nosotros. —Una sonrisa de batracio curvó la comisura izquierda de su boca. Supuse que él también tenía planes propios. Le gusta dejar que los tipos malos se embosquen a sí mismos.

—Hay planes y planes —dije—. Si son bandidos, dejemos que ellos mismos se cuelguen.

Quiso saber lo que quería decir con aquello. A veces mis planes son mucho más retorcidos que eso. La razón es que pierdo mi sentido del humor y simplemente utilizo el máximo retorcimiento.

Nos levantamos antes de amanecer. Un Ojo y Goblin usaron uno de sus conjuros favoritos para sumir a todo el mundo de la hospedería en un sueño profundo. Luego se deslizaron fuera para repetir lo mismo en el bosque. El resto de nosotros preparamos nuestros animales y nuestro equipo. Tuve una pequeña pelea con la Dama. Quería que hiciera algo por las mujeres mantenidas cautivas por los bandidos.

—Si intento arreglar todos los males con los que me encuentre, nunca llegaré a Khatovar.

No respondió. Emprendimos la marcha unos minutos más tarde.



Un Ojo dijo que estábamos cerca del final del bosque.

—Éste parece un lugar tan bueno como cualquier otro —dije. Murgen, la Dama y yo nos metimos en el bosque al oeste del camino. Lamprea, Otto y Goblin giraron hacia el este. Un Ojo simplemente se dio la vuelta y aguardó.

Aparentemente no estaba haciendo nada. Goblin también estaba atareado.

—¿Qué pasará si no vienen? —preguntó Murgen.

—Entonces es que habremos calculado mal. No son bandidos. Les enviaré una disculpa en el viento.

Nadie dijo nada durante un rato. Cuando me adelanté a comprobar el camino Un Ojo ya no estaba solo. Había media docena de jinetes con él. Mi corazón se contrajo. Sus fantasmas eran todos hombres que yo había conocido, viejos camaradas, muertos hacía mucho tiempo.

Me retiré, más alterado de lo que había esperado sentirme. Mi estado emocional no mejoró. La luz del sol penetró a través del dosel del bosque para revelar los dobles de más amigos muertos. Aguardaban con los escudos y las armas preparados, en silencio, como corresponde a los fantasmas.

En realidad no eran fantasmas, excepto en mi mente. Eran ilusiones creadas por Un Ojo. Al otro lado del camino, Goblin estaba reuniendo su propia legión de sombras.

Si les dabas el tiempo suficiente para elaborar las cosas, ambos eran unos auténticos artistas.

No había duda ahora, ni siquiera acerca de quién de entre ellos era la Dama.

—Casco —dije, innecesariamente—. Ya vienen.

Mi estómago sufrió un vuelco. ¿Había calculado bien las cosas? ¿No habría supuesto demasiado? Si decidían luchar... Si Goblin y Un Ojo vacilaban...

—Demasiado tarde para pensar en estas cosas, Matasanos.

Miré a la Dama, un radiante recuerdo de lo que había sido. Me estaba sonriendo. Sabía lo que pensaba. ¿Cuántas veces había estado realmente así, en el centro de un juego mucho más grande?

Los bandidos llegaron en tropel por el túnel formado por el camino. Y tiraron confusos de sus riendas cuando vieron a Un Ojo aguardándoles.

Avancé. Los jinetes avanzaron conmigo por entre los árboles. Hubo ruido de arneses, ruido de maleza. Un espléndido toque, Un Ojo. A eso se le llama verosimilitud.



Había veinticinco bandidos. Mostraban expresiones de asombro. Sus rostros se pusieron pálidos cuando espionaron a la Dama, cuando vieron el espectral estandarte en la lanza de Murgen.

La Compañía Negra era muy conocida.

Doscientos arcos fantasmas se tensaron. Cincuenta manos intentaron ir a sus cintos.

—Os sugiero que desmontéis y soltéis vuestras armas—dije a su capitán. Tragó saliva varias veces, consideró las posibilidades, hizo lo que se le indicaba—. Ahora apartaos de los caballos. No intentéis nada.

Obedecieron. La Dama hizo un gesto. Todos los caballos se dieron la vuelta y trotaron hacia Goblin, que era su auténtico motivador. Dejó pasar a los animales. Regresarían a la hospedería, a proclamar que el terror había terminado.

Perfecto. Oh, perfecto. Ni siquiera un rasguño. Así era cómo lo hacíamos en los viejos días. Maniobras y trucos. ¿Por qué exponerte a ser herido si podías azotarles con una aňagaza y un poco de habilidad?

Atamos a los prisioneros en fila con una cuerda cuando pudieron ser adecuadamente controlados, luego nos encaminamos al sur. Los bandidos se agitaron enormemente cuando Goblin y Un Ojo se relajaron. Pensaron que aquello no era justo.

Dos días más tarde llegamos a Vest. Con Un Ojo y Goblin creando de nuevo su gran ilusión, la Dama entregó a los desertores a la justicia del comandante de la guarnición. Sólo tuvimos que matar a dos de ellos para llevarlos hasta allí.

No había sido más que una distracción a lo largo del camino. Ahora no había ninguna, y Hechizo estaba más cerca a cada hora que pasaba. Tenía que enfrentarme al hecho de que nos aguardaban problemas.

El grueso de los Anales, que mis compañeros creían que se hallaba en mi posesión, permanecía en manos imperiales. Los habían capturado en el Puente de la Reina, una antigua derrota que aún duele. Había prometido recuperarlos poco antes de la crisis en el Túmulo. Pero esa crisis impidió cumplir mis deseos. Después, ya no quedó más solución que ir a buscarlos.